

El campesino venezolano

ALBERTO MICHEO

Este aniversario de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, no debemos celebrarlo llorando el pasado, ni cantando lo que no ha existido, sino aportando ideas para un posible éxito en el futuro.

Con cierta insistencia se leen y oyen afirmaciones donde el campesino venezolano queda injustamente desvirtuado. "Los inmigrantes extranjeros, se dice, —isleños, portugueses, chinos,— se hacen ricos simplemente cultivando hortalizas; en cambio los venezolanos apenas producen y viven en la miseria con todas las ayudas del gobierno. Lo que pasa es que el campesino venezolano quiere ganar sin trabajar". Más aún, en no pocas ocasiones en esta razón se fundamenta simplísticamente nuestro problema agrario.

Esta argumentación, que a fuerza de ser repetida está calando y acomplejando al campesino mismo, no puede ser más superficial, perniciosa y desconocedora de la realidad. Es muy fácil retorcer el argumento preguntando cuál es la proporción de isleños, portugueses o chinos que habiendo venido a trabajar la tierra se mantienen enriqueciéndose en ella. Algo debe pasar, por encima del espíritu de trabajo, para que tantos de ellos dejen la tierra y se dediquen a los abastos, pulperías, panaderías, etc.

Sin embargo, vamos a tomar lo que puede tener de cierto aquella afirmación. Admitamos que esos campesinos de otras tierras sacan de la agricultura mayor producción y beneficios. Estamos seguros que no es por diferencias en la capacidad de trabajo; hemos experimentado que el campesino venezolano hace esfuerzos y trabajos que los extranjeros son incapaces de hacer. Por lo tanto, la razón de la diferencia, en el rendimiento productivo está en otra parte. Queremos aportar en esta indagación. Es de vital importancia descubrir esta raíz para que nuestros planes de superación rural sean acertados y tengan garantías de eficacia.

EL VALOR DE LA HISTORIA

Cada región geográfica, y sobre todo los hombres que a través del tiempo actúan en ella, desarrollan un conjunto de acontecimientos que llamamos su historia. Esta historia no solamente modela los contornos físicos del país, sino a los hombres que han sido sus actores: su manera de ser, sus cualidades y limitaciones. Incluso dentro de la uni-

dad grande —el país nacional— se forman subunidades con características propias, según haya sido el proceso de acontecimientos locales y los elementos específicos que hayan constituido la base de su supervivencia. Es notoria, por ejemplo, la diferencia entre el hombre urbano y el hombre rural dentro de la misma unidad nacional.

Más aún, dentro del mismo sector de actividad, el campo por ejemplo, se dan diferencias notables en los resultados humanos. Ello depende de la forma organizativa socio-económica de cada unidad, del mayor o menor cúmulo de acontecimientos conflictivos o consensuales que haya padecido y del tiempo que lleven en el proceso.

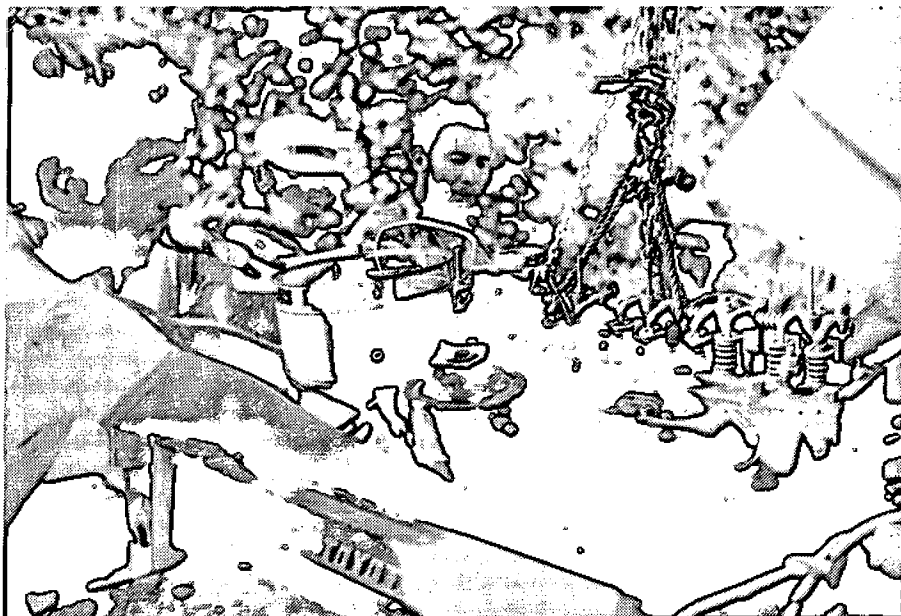
Estas orientaciones teóricas nos dan pie para empezar a responder a nuestro planteamiento original: ¿por qué será que el campesino del viejo mundo produce más que el nativo y saca más beneficios? Creemos que la razón está en su historia formativa como productor del campo. Ellos son hijos de una historia mucho más larga y distinta que la nuestra. Miles de años de actuación, con cientos de guerras, miserias y muertes, dieron como resultado que los hombres del campo aprendieran, por necesidad de supervivencia, los secretos productivos de la tierra. Llegaron a ser AGRI-

CULTORES; hombres que saben cultivar. Y este es el fundamento o base de todo proyecto agrícola con alguna garantía de éxito.

Por su parte, la historia del campesino criollo es distinta. Su historia de peón dentro de una organización latifundista o de conuquero marginal, no le ha enseñado las técnicas del cultivar, ni la responsabilidad en la productividad del conjunto de las cosechas. Aprendió funciones parciales: cerquero, ordeñador, recolector, etc. de propiedades ajenas. Sus dos grandes intentos históricos de consecución de bases para su autonomía productiva —La Emancipación y la Guerra Federal— terminaron en fracaso para sus pretensiones. Y hoy Venezuela necesita que el campesino sea lo que la historia no le ha enseñado a ser: AGRICULTOR.

PROYECTO EDUCADOR

Si esto es así, es lógico que todo proyecto para la "Prosperidad Agropecuaria" deba estar centrado en la "Educación agropecuaria". Me refiero a un plan generalizado en el campo de educación en la técnica y el arte de cultivar. No abogamos por el proceso histórico del viejo mundo. No lo recomendamos para nadie. Debemos conseguir que nuestros campesinos sean agricultores por un





camino más humano que el del proceso europeo o asiático. En educación hay técnicas modernas en que esto es muy posible. Sin esta base educativa todos los esfuerzos de reparto de tierras y de créditos quedarán frustrados. Y en éstos dos elementos se está basando, por lo menos hasta ahora, el camino hacia la prosperidad agropecuaria.

Cuando hablamos de un proyecto basado en la educación agropecuaria, no se quiere decir que todos los demás elementos —mejor reparto de tierras, créditos, etc.— deban estar ausentes. En todo proyecto hay elementos que son base y otros que sólo funcionan apoyados en ella. Todas las partes son necesarias en un edificio, pero la solidez de la base depende la funcionalidad del resto del edificio. Un inteligente proyecto agropecuario nacional debe estar armónicamente estructurado dentro de una jerarquización de sus componentes. El saber cultivar de la mayoría de la población rural es la base. Sin ella, el mismo reparto de tierras, por más indispensable que sea, sería como regalar toneladas de papel a quien no sabe escribir. Y las facilidades de crédito con las exigencias de la economía moderna, serían como becas de post-grado disponibles para quien está a nivel de primaria.

No queremos ridiculizar una realidad. Simplemente presentamos unas reflexiones como fruto de una experiencia vivida en el campo mismo. Nos duele la ineficacia de tantos miles de millones dedicados al sector agropecuario. Es lógico que algo ha estado equivocado en la orientación de los planes. Creemos que todavía hay tiempo de rectificar. Hasta ahora se ha creído que las fallas fundamentales, cuya solución generaría el de-

sarrollo, eran la carencia de tierras y la falta de capital. Los resultados no compensan los esfuerzos realizados. Señal inequívoca de que no estaba ahí el fondo del problema. Con toda honestidad presentamos otra posible raíz: La falta del saber agricultor de nuestro mundo campesino. Y proponemos que la base del plan futuro tienda a enfrentar esa raíz fundamental: Un proyecto de educación agropecuaria.

CREDITOS, CREDITOS, CREDITOS...

En todo sano proyecto de producción, el crédito es un potencializador valioso del inteligente esfuerzo humano y del saber técnico sanamente combinados. El dinero abundante que no riegue esos elementos es hoja seca que el viento lleva. En el fondo y a la larga hasta resulta contraproducente.

Algunos campesinos lo saben muy bien. Concé al Sr. Laneda, campesino trabajador a la antigua. Externamente apenas se le distingue de los demás, pero todo el mundo sabe que tiene bastante dinero escondido en algún rincón de su rancho. Su compadre Felipe, en cambio, andaba en la miseria. Ilusionado con las virtudes de los créditos escuchados en su radio transistor, acudió al Sr. Laneda a "prestarle" unos reales "para poder trabajar". Esta fue la respuesta que recibió "Si no trabajáis cuando estais limpio, ¿cómo vais a trabajar cuando tengáis real?" Y conociendo a ambos puedo puntualizar esa sabia sentencia: Felipe no era un vago; simplemente no le rendía su esfuerzo. Y sin saber el oficio, de poco sirve el esfuerzo y el dinero.

Parece que ni los han elaborado nuestros planes agropecuarios, ni los go-

bernantes que los han ejecutado han llegado al nivel de la sabiduría del Sr. Laneda. Créditos y más créditos como "llave de pandora" que abrirá las puertas de la prosperidad agropecuaria. No parece desanimarlos el costo de los resultados fatales: cancelación de las deudas históricas del sector en el gobierno anterior y decreto de "refinanciamiento" por el gobierno actual para las cuantiosas deudas incurridas desde entonces. ¿Solución? Más facilidades de crédito para cancelar las deudas contraídas y más tiempo para recuperarlas.

SUBSIDIOS PARA EL CONSUMO

Cuando uno lee los principios en que se basan los proyectos financieros para la agricultura aparece que se trata de "recursos de inversión". Y siguiendo las reglas de toda inversión se calculan los resultados a corto, mediano y largo plazo. Según las previsiones de "lo invertido", ya el problema del campo venezolano debía estar solucionado. Pero los hechos demuestran lo contrario. ¿Serán falsas las normas de la teoría económica sobre las inversiones? No lo creemos. Entonces, ¿qué pasa con los recursos destinados a la inversión productiva? Para nosotros la respuesta es muy simple: esos recursos de hecho no se invierten. No por mala voluntad —con excepciones nada honorables por cierto— sino porque la estructura real del agro no tiene bases para ello, por lo menos en el sector campesino. Un ejemplo puede ilustrar lo que afirmamos.

Hay un crédito tradicional en el sector cafetero. A cada pequeño productor se le conceden 5, 10 o 15 mil bolívars cada año, según tamaño de la parcela, para asegurar la cosecha. Desde luego se le deducen automáticamente los intereses del año. Este crédito casi nunca va a la finca. Con eso vive la familia durante el año. Al vender el café, cuyo pago por las PACCA siempre se retrasa hasta varios meses, paga el crédito. La finca, agrícolamente hablando, siempre sigue igual.

Y viene la lucha anual entre los bancos y los cafeteros. El banco dice: "Me tiene que cancelar el crédito del año pasado para concederle el de este año". El cafetero contesta: "Cancelaré el crédito pasado si me concede el del año que viene. Porque si le pago y Ud. no me concede el otro ¿de qué vive mi familia hasta la próxima cosecha?" Y no son uno solo ni dos los casos en que el campesino ha quedado "sin el chivo y sin el mecate". Por cierto que este juego es un gran instrumento de control

político. En el período anterior la pagaron los copeyanos. Ahora son los adecos.

En otras palabras, el destino real de gran parte de los créditos de inversión sirven para mantener intacta nuestra defectuosa estructura real. Un subsidio al consumo de supervivencia, en vez de factor de transformación del campo.

DINERO NO COMPRA SABER

El saber agrícola, como cualquier otro saber, no se compra directamente con dinero. Por otra parte, no es menos cierto que nadie ha aprendido. Al saber se llega después de un arduo proceso educativo. Claro que este proceso educativo implica costos monetarios que suelen ser considerados como una buena inversión. Abogamos porque nuestros recursos financieros disponibles para el campo se orienten, prioritariamente, a este sector de inversión: a un proyecto nacional de educación agropecuaria.

El campesino está decepcionado de sí mismo. Las campañas raciales, escolares, médicas, etc. en pro de una mejor alimentación, de un mejor nivel de vida, de su derecho a una participación en la riqueza nacional, etc. despiertan sus esperanzas de un futuro mejor. Intenta una y otra vez salir adelante usando los medios que para ello le han ofrecido: créditos. Sin embargo, su nivel de vida sigue casi igual con un peso adicional: peligros y amenazas de embargos por demoras en los pagos de los créditos. Con ello se le va introyectando un complejo de inferioridad y aumentando su tendencia a depender del paternalismo estatal. El nivel de las soluciones ofrecidas no coincide con las posibilidades de un uso efectivo en el campo.

Es cierto que últimamente hay en los planes gubernamentales un intento de bajar a la realidad campesina. Además de los grandes planes de producción, se está intentando fomentar los "huertos familiares"; "hortalizas en pequeña escala", y "el uso del riego". Pareciera que esta modesta orientación no pretendiera más que una mejora en la precaria condición de vida del campesino. Para nosotros tiene una importancia mucho mayor. Pensamos que si se generaliza este proyecto aseguraría las necesidades de producción nacional más que los grandes planes. Es más importante y más seguro aumentar el número de pequeños productores que la cantidad de producción en condiciones de rentabilidad capitalista monopólica u oligopólica.

Sin embargo, el éxito de los huertos familiares y del sistema de riego presupone que la mayoría de los hombres que viven en el campo sepan cultivar. Y



este es el fallo fundamental de nuestro campesino. En las condiciones del campesino venezolano el éxito de esta acertada orientación implica un plan generalizado de enseñanza de cultivos, extensivo a todos los campesinos. Con créditos no se compra el saber cultivar huertos familiares.

UN MODELO REALISTA

A fuerza de repetir la importancia de la educación agropecuaria, el lector podría sacar la conclusión que con ello solucionaríamos todos los problemas agrarios. No queremos decir eso. Somos conscientes de la complejidad del problema agrícola venezolano, como el de cualquier país. En esta complejidad entran muchos aspectos: la tenencia de la tierra, la disponibilidad de capital, los precios del producto para una normal rentabilidad con respecto a los costos de producción, la infraestructura mínima, la comercialización, etc.

El reto de cualquier planificador y gobernante ejecutivo consiste en un co-

herente ordenamiento de todos estos factores para el fin que se pretende. En otras palabras, la creación de un modelo de desarrollo de acuerdo al nivel en que esos elementos se encuentran en una región concreta. A eso llamamos un modelo realista. De ahí la necesidad de un conocimiento objetivo del lugar para donde se elabora el modelo.

Pensamos que el modelo venezolano en el momento actual tiene que estar basado en la educación agropecuaria o en la formación de nuestros campesinos en agricultores. Creemos que la funcionalidad y eficacia de todos los demás elementos, arriba mencionados, dependen de esta base. Ella es la que debe especificar y fundamentar nuestro modelo.

En este aniversario de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, no queremos celebrarlo llorando el pasado ni cantando glosas a lo que no ha sucedido. Presentamos estas reflexiones y estas ideas como una modesta aportación para un éxito en el futuro.

